



EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1843

Horas: de nueve mañana á cuatro tarde

SUMARIO

- J. M. PORTELA
Sección vermouth.
- JOSE DE RUEDA REBOLLO
Frívola.
- J. ORTIZ DE PINEDO
El niño Claudio.
- FERNANDO DIAZ BLANCO
Paganía.
- FIDEL PRADO
Del Madrid castizo.
- MARCELO PRÉVOST
El respeto.
- SALVADOR VALVERDE
Las livianas toman el sol.
- A. RODRÍGUEZ DE LEÓN
Perdón.
- VICENTE VEGA
La alegre Dolores.
- PACO MATEOS, TINO
Y STRIANO

CARAS

BONITAS



Varios dibujos y retratos de «la Radium» y Dorita-Silverdi.

5 céntimos

«LA RADIUM»

Cupletista excelente y mujer de buena planta, sin que eso quiera decir que la planta sea medicinal, como pudiera deducirse por lo de «radium». Un novillero de los que hacen furor, y que si no es madrileño, le falta poco, anda loco por saber dónde trabaja «la Radium». ¡«La Radium», trabaja donde le da la gana, porque es muy guapa y muy buena artista!

SECCION VERMOUTH

El sátiro de "A B C,"

QUE nosotros, que somos, en el general sentir de la gente, unos desvergonzados, soltemos de vez en cuando una chuscarreta verde botella, relatemos una escena sicalíptica y destapemos más de lo debido un escote ó unas pantorrillas, son cosas que á nadie le puede extrañar, porque

LOS PRESUNTUOSOS



—Pero, bárbaro, ¿por qué no avisa usted?
 ¿No ve que esta señorita se ha desmayado?
 —Porque... se ha desmayado de gusto.

el pabellón del semanario festivo y galante cubre la mercancía; pero que un periódico de las derechas, grave él, timorato él y hecho él para ser tenido en el regazo de las más pudibundas damiselas y austeras matronas, campee por sus respetos y se entregue al cultivo de la pornografía con manifiesto daño de nuestros intereses, no lo podemos pasar en silencio, y contra ello protestamos un poquitín escandalizados.

¿Quieres convencerte, lector incrédulo? Pues pasa tus ojos por el recorte siguiente:

«Leo en la cuarta plana de un colega: «Se desean oficiales y chicos para perforar. Taller de bordados...»
 »...Y, la verdad, no me atrevo á hacer ningún comentario.
 »Pero, ¡vive Dios!, que no quiero figurarme en qué acabará un oficio que se empieza de chico en esa forma.»

¿De dónde crees que hemos copiado lo que más arriba acabas de ver?

Tal vez opines que eso se ha publicado en la desenfadada revista barcelonesa *K D T*, que lo habremos tomado quizá de un número del ya fallecido *¡Ahí val!*, ó que tal adquisición se ha hecho en el estupendo é interesantísimo *El Bóldo*, de Prudencio Iglesias Hermida; en la descarada y valiente *España Nueva*, en el *Gedeoncito*, en *Los Bárbaros*, en...

Pues, no, señor; quien tal ha escrito es el sesudo diario de la mañana *A B C*, en su número del día 25 del actual.

No queremos comentar el recorte, porque si tal hiciéramos, de seguro que toda la Redacción de *LA HOJA DE PARRA* era llevada á la barra por atentado á la Moral y buenas costumbres. Dejemos á nuestros lectores que hagan consideraciones sobre el suelto, y que luego, en el Retiro, á la sombra de un árbol, en el Magic-Park ó en Parisiana, cuenten á las cupletistas, ó á la novia, el resultado de sus cavilaciones sobre lo que dice y piensa el órgano de Luca de Tena.

Nosotros, mientras tanto, hemos acordado suscribirnos á las publicaciones de Pren-

sa Española, que, de seguir por estos derroteros, va camino de venderse en las esquinas de la Puerta del Sol por ese ciudadano tuerco y misterioso que lo mismo le ofrece á usted una perra de aguas que libritos alegres, ó gomas para los lapiceros y guardapuntas para los paraguas.

¿Será verdad lo del sátiro de ABC? ¿Habrá entrado de redactor en el popular y germanófilo colega?

¡Señor, Señor: apídate de la buena Prensa y apártala de la senda de perversión por donde ha tomado!

J. M. PORTELA.

FRÍVOLA

Duquesita
de mis ojos,
figurita
que de hinojos
yo adoré;
flor de un día,
en una hora,

alegría
seductora
que gusté;

luz y estrella
que á mi vida
dió una huella
dolorida

que mirar:
he sufrido
y he penado
por tu olvido,
que me ha dado
que llorar.

Duquesita
despiadada,
figurita
dibujada
por Wateau,
¿por qué mi alma,
aquella tarde,
tuvo calma,
fué cobarde
y no te amó?

JOSÉ DE RUEDA REBOLLO.

REFRANES ACUÁTICOS



Mateos

—Hija: á veces, tengo lástima del agua. ¡Mira que tener ese animal encima!..

—Sí; pero ya sabes que no se puede decir de este agua no beberé..

El niño Claudio.

AQUEL niño juicioso, que no gustaba de los juegos ni de las alegrías tumultuosas, era, según la frase burlesca del conde de Sancey, un poeta de diez años, un niño poeta.

Paseaba los jardines de su casa con aire soñador; era un enamorado de la noche, por la Luna, y del día, por el crepúsculo; estudiaba sus lecciones con aplicación fervorosa; oía el piano á su hermana, dejándose llevar del ensueño de la música; leía á Bécquer, sintiéndolo, tal vez, con alma igual, y en la mesa, siempre silencioso, escuchaba la charla picaresca de su madre, la marquesa de Gondero, y alzaba de vez en cuando, para observar á la dama, sus ojos negros, bellos, de triste mirada interrogadora.

El marqués, ausente unos días casi todos los meses por asuntos políticos, y ausente entonces por todo un año, tenía viva ceguera por su hijo, y veía en él una esperanza para el Arte. En las cartas del marqués siempre había para el niño su párrafo aparte largo, detenido, escrito en estilo diferente del familiar, como manjar reservado para persona predilecta. Con frecuencia, le instaba á que le dijese sus deseos y caprichos, y le hablaba de un viaje por Italia para cuando él regresase: el niño Claudio tocaba el violín como un maestro, y era preciso darle el ambiente amplio que necesitaba. A estas cartas, primero de proyecto, y luego de seguridades próximas, contestaba el niño con indolencias de carácter, que pronto se convirtieron en obstinación,

aplazando aquello del viaje á Italia, esforzándose en considerarlo como cosa lejana y terminando siempre por decir «que estaba muy bien al lado de su madre, y no quería separarse de ella».

Entablóse entre el padre y el hijo, con este motivo, una cariñosa lucha; el niño se resistía á hablar del viaje y de todo lo que fuese separarse de su madre, y el marqués, conociendo á fondo á su hijo, extrañaba la obstinación. ¿Es que no le gustaría viajar, ver mundo, y entrar de lleno en el Arte para ganar un nombre? Sí, todo eso le gustaría; pero por entonces no

quería, no quería separarse de su madre: á su lado se divertía más que pudiera divertirse viajando. Y el niño, melancólico, terminaba aquellas cartas, enviando un beso, como para dar á las palabras amargas de su corazón un remate de consuelo... Porque el niño tenía un secreto; verdadero secreto que no debía de saberlo nadie.

Aquellas cartas, discretas para todos, discretas como el secreto mismo, hacían sonreír irónicamente á su madre. Sancey tenía razón... El niño Claudio llamaba diversión á pasear el jardín mirando á la Luna y á hacer todas las cosas con la placidez de un viejo. Participó esta reflexión al conde, sonriéndole con su eterna sonrisa galante, y contestóle el conde:

—Ya te lo decía... Es un niño-poeta... Pero es un poeta que se aburre...

La dama extremó la sonrisa, como aplaudiéndole la frase, y él hizo un gesto de satisfacción vanidosa.



El gabinete del niño Claudio, sin luz alguna, iba llenándose de las sombras nocturnas,

NUESTRAS ARTISTAS



Dorita-Silverdi.

Una pareja de baile con todas las de la ley. Con "parejas", así daría gusto ser huelguista y echarse á la calle... Por desgracia, las otras "parejas", son bastante peores. ¡Tenemos la "seguridad"!

frías y tristes. El balcón del gabinete estaba abierto al sol poniente para que penetrasen los ruidos armoniosos del crepúsculo y los perfumes del jardín. La Luna iba subiendo... Los ojos del niño, sentado junto al balcón, seguían el camino de la Luna: su luz de nieve fué iluminando la estancia con claridades melancólicas.

Aquella noche, en que para festejar el santo de la marquesa estaba invitado á la mesa el conde de Sancey, Claudio desentrañaba su secreto, meditándolo á solas... Recordaba el niño que otra vez que estuvo á comer el conde, le habían hecho sufrir mucho ciertas palabras y gestos de su madre y de Sancey: cosas que él, claramente, no podía juzgar, porque no descubrían la traición, aunque existiese, pero que dejaban camino á la sospecha. Un oleaje de ideas atormentaba su cerebro virgen de toda cavilación. Aquello era una deshonra... Había que vigilar. ¡Quién sabe si castigar también! Pero él solo: á su padre ni una palabra. Sería un crimen turbar con semejante denuncia su confiada tranquilidad. Además, para el castigo ó para el perdón, basta un alma.

Momentos después, ya en la mesa, observaba Claudio con fijeza á su madre y al conde, que sostenían un lenguaje de enigma y reían á cada instante por cualquier cosa. El niño, lleno de nervioso desasosiego, comía y bebía sin darse cuenta de ello. Siguiendo sus maquinaciones y exaltándose con ellas, empezó á sentir calor: se ahogaba...; y cansado de comer, cuando apenas había empezado, y para refrescar la boca, que era fuego vivo, bebía á grandes tragos y mezclaba en su aturdimiento diversos vinos. Insensiblemente, fué cayendo en una borrachera lúgubre, durante la cual comenzó á tejer escenas amorosas de las que eran intérpretes los dos enamorados. Su madre... el conde...

De pronto, medio loco, salió Claudio del comedor y corrió al jardín...

Al llegar á él, cayó á tierra desvanecido... El hubiera querido huir ó tener fuerzas para llegar al estanco... La marquesa y el conde comentaban con ironía el mareo del niño, sin concederle importancia.

Y el niño, caído en el jardín, y algo despejado ya por la frescura del aire, pensó nuevamente en el castigo y en la venganza, que había de ejecutar algún día... Pero, niño y poeta, cayendo en la flaqueza contra la maldad, se echó á llorar con desconsuelo infinito... Y lloraba, preguntándose por qué era tan triste la vida bajo aquella Luna clarísima y aquellas estrellas blancas y deslumbradoras.

J. ORTIZ DE PINEDO.

PAGANIA

En tu boca vampírea y pecadora
he sentido vibrar mi fibra íntima
al chasquido de *aquel beso* que fundimos
al conjuro misterioso de tu risa...

Estrechado tu cuerpo entre mis brazos,
una loca quimera parecía...
y el fuego que brotaba de tus ojos
abrasaba candente mis mejillas.

Como emerge la luz de la alborada
entre las sombras de la noche umbría,
así surgió tu helénica figura,
velada por albos cendales de poesía.

Mis ojos contemplaban extasiados
la mujer que en mi loca fantasía,
al sembrar la semilla del deseo,
convirtió mi cariño en ascua viva.

Deja, mujer, que llegue hasta tu cuerpo
para besar tu carne-seda y tibia,
y aspirar el perfume de tu aliento,
y gozar de tu sangre la delicia...

FERNANDO DIAZ BLANCO.

EL PELUQUERO



—¿Sabe usted lo que ¡me! han preguntado hoy?

—No.

—Que si era amante suyo...

—Y usted, ¿qué ha dicho?

—Que no; pero que por los pelos le an lo...

Del Madrid castizo

EN LA «KERMESSE»

A Manuel Cárdenas, gran admirador del Madrid chulapo.

PER'OVE, tú: ¿es que t'han nombrado por un casual jefe de la brigada móvil pa que me prohibas ir á la kermesse?

—Lo que te digo es el Evangelio traducido al castellano. Tú no vas esta noche allí porque al hijo de mi madre se l'ha puesto en la sesera que no, ¡ea! Y, si vas, es fácil que lleves parte en una liquidación de golpes ue se va á armar en el salón.

—¿Quién los va á dar?... ¿Tú?...

—O el niño de la bola. De mí no te pitorreas tú ya más.

—¿Pue que lo digas en serio!

—Más en serio que si me doliesen las muelas. Tú t'has propuesto estarme dando en los morros á toas horas con ese epítogo de novio que te almacenas pa los días de

gala, y eso no lo trago yo ni con zarzaparrilla. Si quiés bailar con él, te vas á la Fuente de la Teja ó á la feria d'Alcorcón; pero en la kermesse no te ondulas con él porque yo no quiero.

—Pon debajo qu'ese poema se lo has recitado á la Luna una noche de truenos, y que no t'ha hecho caso.

—Lo veremos.

—¡Y tanto que lo veremos! Amí no m'asustan los chulos de tu linaje ni en broma, porque me sobran agallas pa tirarle del pelo á la sombra del Cid. Esta noche iré allí con Manolo porque me lo pide el cuerpo, y bástase que tú quiás prohibírmelo, pa que me den más ganas. Si te muerdes la asaúra de coraje porque no he querido cargar con el regalito de tu persona, allá cudiaos. Valgo yo algo más de lo que tú piensas pa cargar con un chulo indecente que quíe vivir á costa de mi trabajo... Si quiés que te mantengan gratis, sientas plaza ó echas una solicitud p'al Asilo de la Paloma... ¡Estaría bueno!...

El apóstrofe hizo estallar la indignación, que el Zapata pugnaba por reprimir; sus manos, hechas á flagelar bárbaramente los rostros de ellas, que unas veces recibían los golpes con resignación, y otras como una necesidad, vibraron en el aire amenazadoras, prontas á descargar su furia sobre Mercedes; pero vió en los ojos de ésta un gesto tan fiero y resuelto, que se contuvo, limitándose á decir:

—¿De verdaz?

—Más fijo que la luz!

—Pues... hasta la noche..., que tendré el gusto de marcarme un giro allí con Manolo, pa q'aprendas á bailar, viéndonos.

Y lanzando una carcajada sonora como una campana de plata, separóse Mercedes del Zapata contoneándose jacarandosamente para avivar más aún los celos rabiosos de él, que la vió alejarse calle abajo con una mirada de rabia infinita...

*

Cuando Manolo subió aquella noche á casa de Mercedes, ya ésta habíase emperejilado donosamente

LA SUEGRA AHOGADA



—¿Lo oyes, Pedro? Que mamá ha caído al río; y cuando han ido en su auxilio, no han podido sacar mas que un cadáver...

—Pues está bien. ¿Cuántos cadáveres querías que sacasen?

con su traje dominguero, y esperaba impaciente la llegada de su novio para ir á la kermesse.

Casi había olvidado por completo su escena violenta de aquella tarde con el *Zapata*. Conocía muy á fondo á éste, y sabía que todas sus bravatas eran su sistema favorito para intimidar hembras apocadas, no á ella, cuya alma castiza de maja de tradición no se doblegaba fácilmente.

Salieron los novios acompañados de Pepa, la hermana pequeña de Mercedes, inocente lazarillo de amor que siempre seguía á la pareja amorosa en su peregrinación como un ángel custodio.

Por el camino, Mercedes puso en guardia á Manolo por lo que pudiera ocurrir. Aunque sabía que el despechado no tenía sangre para desafiar cara á cara á un hombre, temía que su cobardía le impulsase á una traición imposible de evitar, y bueno era tomar precauciones en previsión de ello.

Manolo la tranquilizó con pocas palabras. —¡Bah!—dijo—. No tengas miedo. Ya

sabe ese cómo tengo forjaos los puños, porque los ha probao una vez, y no creo que le queden ganas de repetir.

Llegaron al solar donde estaba instalada la kermesse.

Entraron en el templo consagrado á Terpsicore, que estaba lleno de parejas. La arena del piso chirriaba agriamente al ser pisada, sirviendo de monorítmico acompañamiento á la música.

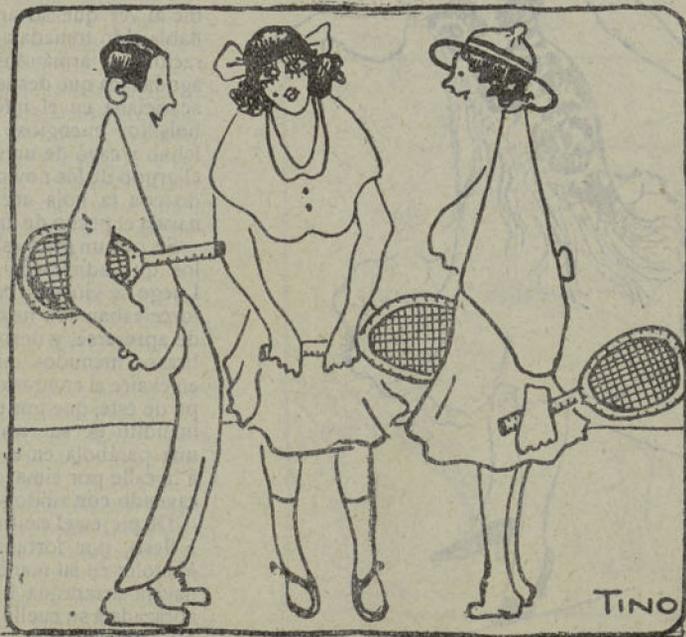
Cuando Manolo y Mercedes entraban, cesaba el ritmo de la banda, y las parejas se separaban jadeantes, yendo á buscar descanso á los bancos tendidos á lo largo del cuadrilátero del salón.

Los novios pasaron revista muda al personal... En una vuelta rápida de cabeza, los ojos de Mercedes se cruzaron con otros sombríos que la asaetaban tras un macizo de verdura: eran los del *Zapata*.

Sin saber por qué, sintió un estremecimiento: le pareció leer en aquella mirada cobarde una mirada traicionera.

Manolo sintió repercutir en él el estremeci-

DONOSTIARRAS



—No veo la economía. Aquí, como en París, salgo á tres lises por semana.

—Y tú, Margot?

—Yo salgo á un Luis y.... un Ramón diarios.

miento de su novia, que iba cogida á su brazo, y miró también altanero y desafiador.

Preludió la música. Al mágico conjuro de sus arpegios, todos sintieron circular la sangre con más fuerza, y los cuerpos se unieron á un mismo tiempo, marcando el ritmo.

Manolo, arqueando los brazos, se dispuso á enlazar el cuerpo de Mercedes; pero ésta, poseída de un presentimiento inexplicable, se negó á bailar.

—No, Manolo, no. Vámonos. Me da el corazón que ese chulo indecente nos va á jugar una trastá... ¡Vámonos!...

Y, al decir esto, trataba de arrastrar á su novio fuera.

Manolo, sintiendo latir en sus venas la sangre de los chisperos que formaron sus generaciones anteriores, atenazó con fuerza los brazos de Mercedes, diciéndola:

—¿Que nos vayamos? ¿Pa qué? ¿Pa que crea ese tipo que le tengo miedo, y vaya pregonándolo por too el barrio?... Aunque supiese que me costaba morir como un perro rabioso, no perdía este baile. No me voy. ¿Tíes tú miedo?

Mercedes irguióse altanera:

—¿Yo, miedo?... ¿Miedo por mí? ¡Nunca! Pues buena es la hija de mi madre pa temer á nadie. Eso se demuestra así. Y uniendo la acción á la palabra, echó amorosamente sus brazos al cuello de Manolo, iniciando el baile...

El desenlace temido desarrollóse fulminante. El *Zapata*, que acechaba la escena, sintióse acometido de una ira horrible al ver que su amenaza no había sido tomada en consideración, y armándose de una aguda faca que desde largo rato acariciaba en el interior de su bolsillo, encogióse como un felino y cayó de un salto sobre el grupo de los novios, buscando con la hoja acerada de la navaja el pecho de uno de ellos.

Se oyó un grito estridente de los que admiraron la escena. Luego se vió dos cuerpos que forcejaban con furor, tratando de apesarse, y después... unos brazos menudos que elevaban en el aire al contrario, y el cuerpo de éste, que por un esfuerzo inaudito de su rival, describía una parábola en el vacío é iba á la calle por cima de la valla, cayendo con ruido sordo...

De pie, en el centro del salón, é ileso, por fortuna, quedaba Manolo; en su mano brillaba la navaja arrancada á su rival, y abrazada á su cuello, Mercedes, que le besaba riendo y llorando, víctima de un ataque nervioso...

FIDEL PRADO.

COMO HAY MUCHAS



—No, hñtos; no silbél; más, que ya me iré á mi casa, y, así, Podré emplear las noches más provechosamente.

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

*La señorita Zoé Canisy, al
vizconde Luis de la Rinaudiére.*

El respeto Cuando reciba usted esta carta, yo, mi querido Luis, no estaré ya en París: viajaré hacia otro país, Italia, en compañía de sir William Hopkins, aquel inglés apoplético á quien encontré usted dos veces en mi casa la semana anterior y que yo presenté tan fríamente, diciendo que era mi tío. William no es mi tío, sino mi amante desde hace quince días; y si lo digo así, tan brutalmente, no crea usted que tengo la menor intención de hacerle sufrir... No: yo le quería á usted, y aún le quiero, no lo dude usted... Sólo que nuestras relaciones descansaban sobre un cimiento falso; en fin, escúcheme usted una vez más, que tal vez el porvenir guarda el remedio de todo.

¿Recuerda usted, amigo mío, los románticos comienzos de nuestras relaciones?... ¡Ah! Fué muy interesante aquel súbito chaparrón primaveral que nos acometió hallándonos en el Bosque, y la casualidad de llamar los dos al mismo cochero; y la embarazosa timidez con que usted, sombrero en mano, cedió de su derecho y aun me ofreció un precioso cubrepies para abrigarme...; y la repugnancia que mostró usted á subir al coche conmigo... Durante aquella escena, habló usted con un respeto y una tan acendrada cortesanía, que, ¿cómo no decirlo?... me rindió usted la voluntad completamente.

¡Cuánto tiempo tardó usted, amigo mío, en sobreponerse á aquella timidez!... Y hasta fui yo quien hubo de conducirle á usted insensiblemente hasta el momento en que su virtud desfalleció entre mis brazos. Pero antes de esa caída, ¡cuántos *compases de espera!* — como dicen los directores de orquesta —. Cinco ó seis comidas en gabinete reservado y más de veinte entrevistas, durante las cua-

les nuestras conversaciones hubiesen moralizado á una congregación de monjas carmelitas. Y á cada momento aquello de «Señora...» «Cuando tengo el honor de encontrarla á usted...» «¿Me permite usted que la acompañe?...» (¡Vaya si yo lo hubiese permitido, bobalicón!) Todo aquel respeto me atacaba los nervios horriblemente, y tenía accesos de rabia, durante los cuales juraba enviarle á usted á paseo; pero sentía verdadero capricho por usted, y el capricho suele tener para nosotras, las mujeres, la fuerza de la Fatalidad.

Cuando hubo usted perdido su manto de inocencia (arrancado delicadamente por mis manos y sin que usted me prestase la menor ayuda), gozamos de algunos días hermosos.

LOS CARIÑOSOS



—Yo pienso que seremos muy felices, porque aunque no soy joven, soy muy cariñoso.

—Pues eso es precisamente lo que me da á mí miedo.

Reconozca usted, sin embargo, que se condujo usted en aquella ocasión con bastante torpeza. Yo tenía la desgracia de inspirarle un respeto tan grande, que mi *calda* (como usted llamaba á nuestra aventurilla, bajando los ojos) no lo había empequeñecido, y me trataba usted con la misma ceremoniosa amabilidad que usara usted con la vizcondesa de Rinaudière.

Cuando llegamos á la cuestión del dinero, surgieron nuevas dificultades. Personalmente, yo desprecio el dinero..., usted lo sabe...; mas no por ello es menos cierto que necesitamos de él para vivir. Y como yo tuve el necio capricho de serle fiel á usted..., no tardé mucho en dar al traste con todas mis economías. Usted, vizconde, es riquísimo, y tan generoso como rico; pero como el maldito respeto le ahogaba á usted las palabras en la

garganta, me fué preciso representar ante usted una comedia repugnante para obtener lo indispensable... ¿Se acuerda usted?... Al fin, la principesca munificencia de usted conjuró todos mis apuros; pero, luego, y por idéntico motivo, surgieron nuevas dificultades: á pesar de mis indirectas, usted no se atrevía á responderme llanamente, y ejecutando mil equilibrios oratorios, me hablaba usted de que "hay hombres sin principios que parecen comprar...", y mujeres que...; pero que usted "me respetaba como si yo fuese su mujer legítima..."

Cansada de luchar, no insistí más, y continuamos sazonzando con respeto el guisado de nuestro amor. Mi capricho duró mucho tiempo, mucho..., hasta que, al fin, surgió entre nosotros el Fastidio, ese fantasma precursor de todas las rupturas. Cuanto hasta en-

UNA MININA SERVICIAL



La señorita.—¡Minina!... ¡Minina!...

La minina.—¿Manilamao?

La señorita.—No era á tí...

tonces me agradaba en usted, empezó á aburrirme. No podía usted abrir la boca ni hacer un gesto sin crisparme los nervios, y de buen grado hubiese reñido con usted á cada momento si hubiera podido hacerlo con un hombre respetuoso que accedía á todos mis antojos y me trataba como á una princesa. ¡Ah, vizconde! Durante aquellos tiempos difíciles, ¡qué respetuoso y qué fastidioso fué usted!!...

Así vivimos una gran temporada, sufriendo los dos, hasta que el azar intervino.

Hace quince días, regresaba yo de nuestro *nido*, después de una soporífera sesión de amor: iba nerviosa, de mal talante, deseosa de pelearme con alguien... Cuando llegaba al Parque Monceau, oí las pisadas de un hombre que me seguía. Volví la cabeza: era un caballero como de cuarenta años, de andar resuelto y rostro congestionado, que llevaba entre los dientes un cigarro puro. Tenía todas las trazas de banquero inglés. Apresuré el paso; él forzó el suyo. Después de todo, no me importaba que conociese las señas de mi domicilio. Luego, llegué á mi hotel, calle Phalsbourg, sin advertir nada. Calcule usted mi sorpresa cuando, momentos después, hallándome en mi cuarto, vi que la puerta se abría, dando paso á mi perseguidor. Yo me encaré con él, furiosa:

—¡Caballero! Esto es una infamia. ¡Salga usted inmediatamente, ó llamo á mis criados!

El no se emocionó, y sacando su cartera, mostróme un rimero de billetes de Banco.

—Yo dar dinero...—dijo—. Yo gustar de las mujeres que tienen mucho seno...

Y como yo hiciese además de llamar, él cerró la puerta, y cogiéndome por las muñecas, continuó:

—*Why not?* ¿Por qué?... ¿No es su oficio, *is it not?*

¿Qué le diré á usted, querido amigo? Sir William Kopkins (porque era él) me trató brutalmente; sin embargo, en el estado de sobreexcitación en que me hallaba, aquel alarde de fuerza me causó mucho bien: fué para mí una especie de ducha.

Cuando Hopkins se hubo marchado (dejando ostentosamente sobre la mesa varios billetes de Banco), me perdí en un dédalo de reflexiones. Mi nueva conquista no me agradaba mucho, ciertamente; pero, desde luego, reconocí que aquél era el hombre que me convenía para tranquilizar mis nervios y curarme de mi indigestión de respeto. Durante quince días consecutivos, William me ha visitado, comportándose siempre como un macho vicioso, mal educado exigente...

Ayer me propuso acompañarle á Italia, y he aceptado.

Dentro de dos meses, sir William se marcha á la India, adónde le llevan sus negocios, y yo regresaré á París. ¿Qué pensará usted entonces de mí, amigo mío? Probablemente,

CHIQUILLADAS



—Filomenina: no te tires al mar...

—¿Por qué?

—Porque estamos aquí nosotros.

—¡Mira que tonto!

(Los tres abren mucho los ojos.)

esta carta marchitará todas las ilusiones que tenga usted formadas acerca de mí. No obstante, si quiere usted volver á verme, sepa usted que le espero siempre en mi casa, calle de Phalsbourg, con los brazos abiertos... Pero, antes, júreme usted no respetarme; jeso, sobre todo!...

MARCELO PRÉVOST.

LAS LIVIANAS TOMAN EL SOL

EN esta vieja ciudad levítica, de calles angostas y torturantes como remordimientos, que sólo en el mediodía se llenan de luz—una luz viva y breve—para hundirse de nuevo en la sombra de sus paredones, y que van como estrechos ríos á desaguar su ruín lobreguez en piazuelas alegres y claras; en esta vieja ciudad, el eterno amor de los hombres, de estos finos y voluptuosos hombres, ha creado calles tan estrechas y laberínticas como las otras, pero por las que no pasan nunca las damas, ni los niños, ni las doncellas...

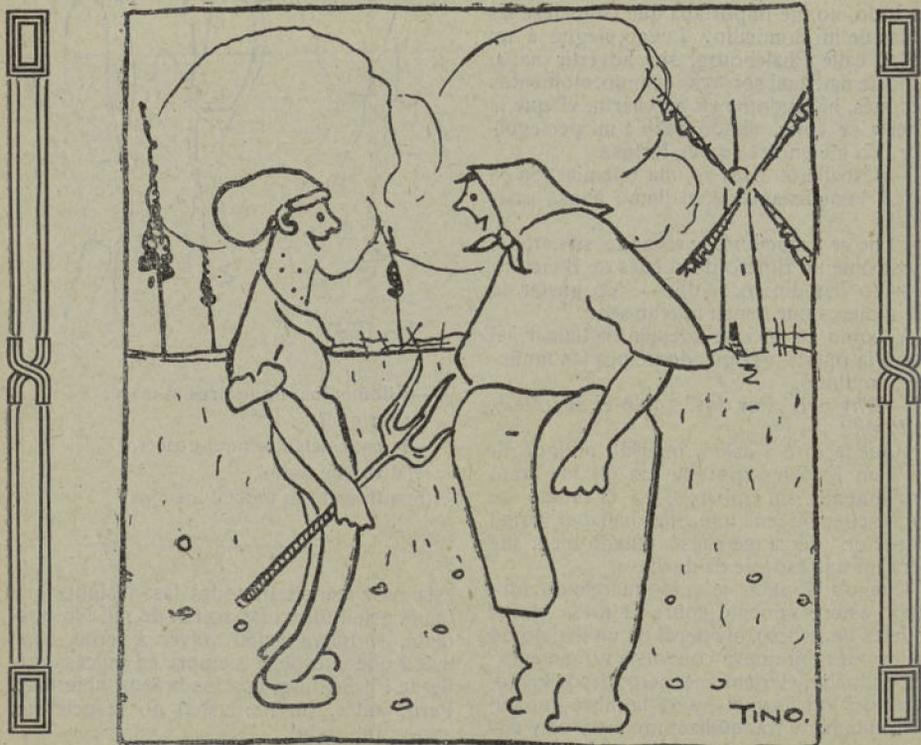
En estas calles, á las que las viejas devotas hacen la cruz como al diablo, cuando marchan á la misa mañanera, hay unas casi-

tas pequeñas con ventanuchos antipáticos y algún que otro balcón raquíptico, al que por las mañanas se asoma para regar las flores que en unos tiestos languidecen una mujer ventrada y repulsiva, que nos mira con desdén.

Tras las cancelas, pintadas de verde, un transparente sucio y roto hace como que cubre el interior, donde un sofá dolorido, que ha suspirado vergonzoso bajo el peso de tantas liviandades, se siente feliz en la soledad del aposento. Porque las inquilinas descansan en el piso alto del duro trabajo de la noche.

Al mediodía, un rayo de sol da en la calle, y una mujer, despeñada y en chancletas, se asoma al umbral con un cigarro entre los labios descoloridos, y pide candela al primer hombre que pasa. Luego, se hunde, fu-

LA GUERRA AL MATRIMONIO



—Estoy desesperada. Se me han llevado á Juan á Marruecos. ¡Ahora, cuando estábamos á punto de casarnos!

—¿Conque á punto de casaros, eh? ¡Me parece á mí que ya habéis comenzado!

mando fuerte, en la casa: se pierde en la obscuridad del interior, y en el aire, oliente á iodo y fénico, queda una estela de humo que vase desvaneciendo poco á poco.

Por las tardes, en las plácidas y encantadoras tardes de nuestra ciudad, una música de organillo, plebeya y galante, pone un halo de júbilo en estas tristes callejuelas de pecado. Y las mujeres, estrechamente enlazadas por la cintura, se marcan un *schotis* tras las cancelas. Es la hora en que llegan los soldados y comienzan á animarse estas calles.



Esta mañana pasé por la de Montalbán, que forma una leve cuesta. Es una calle de pueblo, vulgarísima, entre cuyas piedras brota pródigamente la hierba, que hoy comían unas cabras escualidas.

Un aire fresco, matutino, oreaba la calle, en la que se alzaban en pequeños montones excrementos animales y humanos, restos de comidas y otros despojos.

Algunos chiquillos arrastrábanse por las aceras, luciendo al sol su piel bronceada.

Las mujeres, en las aceras también, como los niños, yacían indolentes y miserables, mostrando su carne morena y sucia.

Entre los aleros de las casas enjalbegadas recortábase un pedazo de cielo límpido, azul... Una paz infinita había en el ambiente. Ni una copla, ni una risa, ni una voz. Sólo el dulce tintineo argentino de las campanillas de las cabras turbaba el silencio.

De la ciudad no subía el más vago rumor. En la paz mañanera, una liviana, flaca y consumida se puso á ordeñar á una de las cabras, blanca como un copo de nieve, mientras el cabrero triscaba por los pasillos y escalera tras otra liviana. Luego, se bebió la leche tibia, recién ordeñada, y lavó el vaso, que estaba empañado. Después, sonrió. Y todas las livianas que yacían sobre las aceras sonreían también. Pero ninguna, como la física, cogió el vaso, acarició en el testuz á la cabra y exprimió el jugo blanco de sus senos...

Todas siguieron indiferentes, tendidas so-

CHIQUILLADAS



- Oye: ¿tengo yo cuernos?
 —No. ¿Por qué me lo preguntas?
 —Como dice mamá que soy un demonio...
 —Pues ya ves: papá no lo es, y dice la gente que los tiene..
 —¡Cualquiera lo entiende!

bre las aceras, bajo el claro sol de la mañana.

SALVADOR VALVERDE. ✻



PERDON

Perdónala, Señor... Cierto es que, impía, juróme amor para olvidarme luego. ¿Mas quién ignora que del vivo fuego queda tan sólo la ceniza fría?

No olvido que castigas la falsía, y, á tu bondad, Señor, todo me entrego. ¡Que no desoigas el piadoso ruego, voz del amor, de la existencia mía!

Perdónala, Señor. Sé que padece, y en la ausencia de amor se fortalece con lágrimas de sangre por consuelo.

Y pues sé que se encuentra arrepentida, haz que vuelva, Señor, con grato anhelo, á restañar los bordes de mi herida.

A. RODRIGUEZ DE LEON.

La alegre Dolores.

Apuntes para un artículo mucho más largo y mejor escrito que este.

LA alegre Dolores!... No; no es paradoja. Es el nombre adjetivado de... Pero, de verdad, ¿no conocéis á Lolilla, la alegre Dolores? ¡Oh! Es un tipo interesante. Es el tipo genérico de la mujer ligera, de la mujer alegre de nuestro Madrid. Porque hay un tipo madrileño de mujer alegre... Y ese es Lolilla, la alegre Dolores...

Lolilla tiene veinticinco años. Es alta, pro-

porcionada, rica de carnes, de pechos turgentes y opulentos. Viste con elegancia y, sobre todo, con lujo; lleva joyas que se ven mucho, y en las sortijas que rodean sus dedos, hay gruesas piedras brillantes.

Tiene Lolilla una coquetería sexual que la impele á lucir el triunfo de sus bellas carnes; pero su coquetería no llega nunca á las espiritualidades, á los refinamientos, á las sutilezas de otras mujeres de otras tierras y de otros tiempos. Sus ojos, chispeantes en la blancura de su cara, lanzan miraditas de malicia picaresca. Siempre tiene el rostro iluminado por una sonrisa, y es pródiga en efusivas amabilidades.

Es una perfecta *virgen loca*. Ríe, ríe mu-

DE LA VERBENA



—¡No creo que tenga usted nada que decir de este churro, prenda!
—¿De cuál? Porque como lleva usted más de uno....

cho; ríe continuamente con su risa bullanguera. Ríe por cualquier cosa; á veces, por nada, porque sí, porque tiene ganas de reír, y ha de reír forzosamente. Cuando se ríe, tilitan sus pechos bajo la leve tela de la blusa, y muestra, entre el rojo de fuego de sus labios, unos dientes muy pequeñitos, salvo los dos del centro de la fila superior, que son algo más grandes...

Poca distracción hay en su trato. Vale más mirarla que escucharla. En la conversación mezcla continuamente expresiones groseras y algún que otro reniego obsceno. Su voz no es dulce, pero tampoco es áspera.

Escribe muy mal. Cuando la precisa escribir una carta, tiene que hacer grandes esfuerzos, y, siempre que puede, hace servir de memorialista á algún joven estudiante, amante platónico...

Su vivir sigue los principios de una moral utilitaria, positivista. Para ella no vale nada aquello que no tiene un valor material, un valor en *plata*. Siente un sincero menosprecio por todos los hombres que no son ricos. Los hombres de talento, los jóvenes bellos y elegantes, cuando no poseen una fortuna para gastarla en locuras, la dan lástima, casi la aburren. Para ella, la pobreza es el peor pecado humano, un grave pecado que no tiene perdón. Piensa que la vida ha de ser una alegría perpetua, un río de placeres. Y la fuente de los placeres, la alegría de este pícaro mundo, es el dinero... Es un poco avara, y tiene una libreta en la Caja de Ahorros.

Antes, sin embargo, cuando era chalequera, tenía Lolilla inclinaciones románticas. Le gustaba la relación de aventuras de amor y valentía, y delectaba continuamente novelas de intriga, de enamorados y de sangre. Sabía de memoria las *Rimas* de Bécquer, y refería punto por punto la sentimental historia de *Pablo y Virginia*. Algunas veces, en las veladas del insomnio, pasó por su imaginación la figura de un joven príncipe bellamente pálido, que en una serenísima y estrellada noche estival la raptaba, y al galope velocísimo de un caballo blanco, de largas crines flotantes, la llevaba á unos países ignorados, en donde todo eran jardines floridos, jardines perfumados, jardines tibios, con surtidores murmurantes y con parejas de enamorados que se besaban largamente bajo la sombra protectora de los grandes árboles...

Pero todo aquel su ideal alado, todas las visiones de donceles de ojos azules y rubios cabellos, no la impidieron aceptar la protección del prosaico y obeso comerciante que tiene en su cartera abundantes billetes de

Banco, y sabe gastarlos, generoso, en mujeres y en *juergas*. ¡Oh, el buen viejo que paga bien y no puede exigir mucho!...

Los amadores novelescos la inspiraban, á través de los relatos ardientes y maravillosos, una desinteresada simpatía; pero observó que en la vida real no compran vestidos de seda, no ponen pisos ni regalan joyas de oro. Este bajo positivismo lo concibió la alegre Dolores dedicando los ratos ociosos á la lectura de amores ardientes, de amores abnegados, de amores dramáticos... Ya lo dijeron los hermanos Goncourt: «Las mujeres de hoy se pierden más pronto por lo romántico que por lo obsceno que leen.»

Lolilla, como mujer galante, tiene algunas buenas cualidades; pero tiene muchos defectos.

Tiene alegría, tiene carne, tiene joyas... Es plebeya, es ineducada, es ignorante, es sordida.

La convendrían aquellas escuelas de artesanos del mundo antiguo. Aquellas escuelas que enseñaban la negativa acariciando, y el consentimiento púdico, que ponían en el arco de una sonrisa, en el pliegue de unos labios rojos, máximas de filósofos, versos perfumados y maliciosos, mentiras encantadoras y agradables...

Por si no la conocíais, ya tenéis una idea de quién es Lola, Lolilla, la alegre Dolores, el tipo genérico de la mujer ligera, de la mujer alegre de Madrid.

VICENTE VEGA.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑÍA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de «Ediciones España»

Para toda clase de trabajos tipográficos,
dirigirse á la

Imprenta de «Ediciones España»

Calle de Santa Isabel, 45

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (**Abada, 22, tienda**), reparte toda clase de periódicos y revistas.

ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
— HIGIÉNICAS —

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUÉS

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por giro postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. — Los quince goces del matrimonio.
Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada.* — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y correspondientes de España y América.